

## II

No parece desde entónces sino que todo haya concluido; no parece sino que cesando la humanidad de adorarse y de mistificarse á sí misma, queda para siempre jamás descartado el problema teológico. Los dioses se han ido: el hombre no tiene ya otra cosa que hacer sino aburrirse y morir en su egoismo. ¡Qué espantosa soledad no se extiende en torno mio y se abre en el fondo de mi alma! Mi elevacion se parece al aniquilamiento; desde que me he hecho Dios, no me veo ya sino como una sombra. Es posible que sea un yo, pero se me hace difícil tomarme por lo absoluto; y si no soy lo absoluto, no soy más que la mitad de una idea.

Un poco de filosofía aparta de la religion, ha dicho no sé qué razonador irónico, y mucha filosofía nos lleva de nuevo á su seno. Observacion de una verdad que humilla.

Toda ciencia se desarrolla en tres épocas sucesivas, que podemos llamar, comparándolas con las grandes épocas de la civilizacion, época religiosa, época sofística, época científica (\*). Así la alquimia constituye el período religioso de la ciencia llamada más tarde química, cuyo plan definitivo no hemos todavía encontrado; del mismo modo que la astrología forma el período religioso de otra construccion científica, la astronomía.

Y bien; hé aquí que despues de habernos burlado durante sesenta años de la piedra filosofal, llevados de sus experimentos, no se atreven ya los químicos á

(\*) Véase entre otros á AUGUSTO COMTE, *Curso de filosofía positiva*, y á P. J. PROUDHON, *Creacion del orden en la humanidad*.

negar la trasmutabilidad de los cuerpos; al paso que los astrónomos se sienten tambien obligados por la mecánica del mundo á sospechar un organismo del mundo, es decir, algo precisamente como la astrología. ¿No se está en el caso de decir, á imitacion del filósofo que hace poco he citado, que si un poco de química aparta de la piedra filosofal, un mucho de química á la piedra filosofal nos vuelve; y si un poco de astronomía nos hace reirnos de los astrólogos, un mucho de astronomía nos haria creer en los astrólogos (3)?

Tengo á buen seguro mucha ménos propension á lo maravilloso que muchos ateos; pero no puedo ménos de pensar que las historias de milagros, de predicciones, de hechizos, etc., no son más que relatos desfigurados de efectos extraordinarios producidos por ciertas fuerzas latentes, ó como se decia en otro tiempo, por potencias ocultas. Nuestra ciencia es aún tan brutal y está tan llena de mala fé; nuestros doctores se muestran tan impertinentes con lo poco que saben, y niegan tan impudentemente los hechos que les estorban, á fin de proteger las opiniones que explotan, que desconfío á la verdad de esos espíritus fuertes, tanto como de los supersticiosos. Sí, tengo esta conviccion; nuestro grosero racionalismo es la inauguracion de un período que á fuerza de ciencia llegará á ser verdaderamente *prodigioso*: el universo no es á mis ojos sino un laboratorio de magia donde es preciso estar preparado para todo..... Dicho esto, vuelvo á entrar en materia.

Grande engaño se padecería, pues, si se fuese á imaginar, despues de la rápida exposicion que llevo hecha de las evoluciones religiosas, que la metafísica ha dicho su última palabra sobre el doble enigma contenido en estas cuatro palabras: existencia de Dios, inmortalidad del alma. Aquí como allí, las con-

clusiones de la razón más adelantadas y mejor establecidas, las que parecen haber cortado para siempre jamás la cuestión teológica, nos retrotraen al misticismo primordial é implican los nuevos elementos de una inevitable filosofía. La crítica de las opiniones religiosas nos hace sonreír hoy de las religiones y de nosotros mismos; y sin embargo, el resumen de esta crítica no es más que una reproducción del problema. El género humano, en el momento en que escribo, está en vísperas de reconocer y afirmar algo que equivaldrá para él á la antigua noción de la divinidad; y esto no ya como en otro tiempo, por un movimiento espontáneo, sino con reflexión y en virtud de una dialéctica invencible.

Voy á ver si en pocas palabras me doy á entender.

Si hay un punto sobre el cual los filósofos, á pesar suyo, hayan concluido por ponerse de acuerdo, es á no dudar la distinción entre la inteligencia y la necesidad, entre el sugeto y el objeto del pensamiento, entre el yo y el no yo; en términos vulgares, entre el espíritu y la materia. Sé bien que esos términos nada significan de real ni de verdadero; que no indica cada uno de ellos sino una escisión de lo absoluto, única cosa verdadera y real; y que tomados separadamente, implican tanta contradicción los unos como los otros. Pero no es tampoco menos cierto que lo absoluto nos es completamente inaccesible, y sólo le conocemos por sus términos contrarios, únicos que caen bajo el dominio de nuestro empirismo; no es menos cierto que si sólo la unidad puede obtener nuestra fé, la dualidad es la primera condicion de la ciencia.

Así, ¿quién piensa y quién es pensado? ¿qué es un alma y qué es un cuerpo? Desafío á quien quiera que sea á que salga de ese dualismo. Sucede con las ciencias lo que con las ideas: se presentan las pri-

meras separadas en la naturaleza, como las segundas en el entendimiento; y del mismo modo que las ideas de Dios y de inmortalidad del alma, á pesar de su identidad, se han ido presentando y estableciendo sucesiva y contradictoriamente en la filosofía, así á pesar de su fusión en lo absoluto, el yo y el no yo se van presentando sucesiva y contradictoriamente en la naturaleza, y tenemos á la vez seres que piensan y otros que no piensan.

Ahora bien, cualquiera que se haya tomado el trabajo de reflexionar sobre esto, sabe que una distinción tal, por realizada que esté, es lo más ininteligible, lo más contradictorio y lo más absurdo que puede encontrar la razón humana. No se concibe más el sér sin las propiedades de la materia que sin las del espíritu; de suerte que si se niega el espíritu, porque no entrando en ninguna de las categorías de tiempo, de espacio, de movimiento, de solidez, etc., se nos presenta despojado de todos los atributos que constituyen lo real, negaré á mi vez la materia, que no ofreciéndome de apreciable sino su pasividad, ni de inteligible sino sus formas, no se manifiesta en ninguna parte como causa voluntaria y libre, y se sustrae enteramente á mi vista como sustancia; y llegaremos al idealismo puro, es decir, á la nada. Pero la nada repugna á yo no sé qué cosas que viven y raciocinan, reuniendo en sí mismos en cierto estado, no puedo decir cuál, de síntesis incipiente ó de escisión inminente, todos los atributos antagonistas del sér. Forzoso nos es, pues, empezar por un dualismo cuyos términos nos consta perfectamente que son falsos, pero que siendo para nosotros la condicion de la verdad, se nos imponen de una manera irrecusable; forzoso nos es, en una palabra, empezar con Descartes y con el género humano por el yo, es decir, por el espíritu.

Mas despues que las religiones y los sistemas filosóficos, disueltos por la análisis, han venido á fundirse en la teoría de lo absoluto, no sabemos tampoco qué es el espíritu, y no nos diferenciamos en esto de los antiguos sino por la riqueza de lenguaje con que decoramos la oscuridad que nos rodea. No hay sino que al paso que para los hombres de otros tiempos el orden revelaba una inteligencia *fuera* del mundo, á los de ahora les parece que la revela mejor *dentro* del mundo mismo. Póngasela, con todo, dentro ó fuera, desde el momento en que se la reconoce á causa del orden, es preciso admitirla donde quiera que el orden se manifieste, ó no admitirla en ninguna parte. No hay más razon para atribuir inteligencia á la cabeza que produjo la *Iliada*, que para concederla á una masa de materia que cristaliza en forma de octaedros; y recíprocamente, es tan absurdo atribuir el sistema del mundo á leyes físicas, sin tener para nada en cuenta el yo ordenador, como atribuir la victoria de Marengo á combinaciones estratégicas, sin tener para nada en cuenta al primer cónsul. Toda la diferencia que cabria hacer sería la de que en este caso el yo pensante estaria localizado en el cerebro de Bonaparte, mientras que con relacion al universo, el yo no ocuparia un lugar especial y estaria derramado por todas partes.

Los materialistas han creido deshacerse de la opinion contraria, con decir que habiendo el hombre asimilado el universo á su cuerpo, terminó su comparacion dando á ese universo un alma parecida á la que suponía ser el principio de su vida y de su pensamiento; y así todos los argumentos sobre la existencia de Dios estaban reducidos á una analogía tanto más falsa, cuanto que el mismo término de comparacion era hipotético.

No vengo ciertamente á defender el viejo silógismo

de: todo arreglo supone una inteligencia ordenadora; es así que existe en el mundo un orden admirable; luego el mundo es obra de una inteligencia. Este silógismo, tan repetido desde Job y Moisés, léjos de ser una solucion, no es más que la fórmula del enigma que trata de descifrarse. Conocemos perfectamente lo que es el orden; pero ignoramos en absoluto lo que pretendemos decir con la palabra Alma, Espíritu ó Inteligencia: ¿cómo podemos por lo tanto deducir de la presencia del uno la existencia de la otra? Rechazaré, pues, hasta más ámplia instruccion la pretendida prueba de la existencia de Dios, sacada del orden del mundo; y veré á lo más en ella una ecuacion propuesta á la filosofia. De la concepcion del orden á la afirmacion del espíritu hay por cegar todo un abismo de metafísica: no es, repito, mi ánimo tomar por una demostracion el problema mismo.

Pero no se trata de eso en este momento. He querido dejar consignado que la razon humana estaba fatal é inevitablemente condenada á la distincion del ser en yo y no yo, espíritu y materia, alma y cuerpo. ¿Quién no vé ahora que la objecion de los materialistas prueba precisamente lo que tiene por objeto negar? Con distinguir en sí mismo un principio espiritual y un principio material, ¿qué otra cosa es el hombre que la naturaleza misma, proclamando sucesivamente su doble esencia y dando testimonio de sus propias leyes? Y nótese la inconsecuencia del materialismo: niega y se vé forzado á negar que el hombre sea libre, y cuánta ménos libertad tenga el hombre, más importancia ha de tener su palabra, y más debe ser considerada como la expresion de la verdad. Cuando oigo esa máquina que me dice: yo soy alma y soy cuerpo; por más que semejante revelacion me pame y me con-

funda, aparece á mis ojos revestida de una autoridad incomparablemente mayor que la del materialista, que corrigiendo la conciencia y la naturaleza, trata de hacerlas decir: Yo soy materia, y nada más que materia, y la inteligencia no es más que la facultad material de conocer.

¿Qué se diría si, tomando á mi vez la ofensiva, demostrase cuán insostenible es la existencia de los cuerpos, ó en otros términos, la realidad de una naturaleza puramente corpórea?—La materia, se dice, es impenetrable.—Impenetrable ¿para con qué? pregunta. Para consigo misma, sin duda, pues no se atrevería nadie á decir que para con el espíritu, cuando esto sería admitir precisamente lo que se trata de descartar; sobre lo cual yo hago esta doble pregunta: ¿qué sabeis vosotros de esto? ¿ni qué es lo que esto significa?

1.º La impenetrabilidad, por la cual se pretende definir la materia, no es más que una hipótesis de físicos poco observadores, una conclusion grosera deducida de un juicio superficial. Manifiesta la experiencia en la materia una divisibilidad hasta lo infinito, una dilatabilidad hasta lo infinito, una porosidad sin límite asignable, una permeabilidad para con el calor, la electricidad y el magnetismo, y al mismo tiempo una facultad de retenerlos indefinida; afinidades, influencias recíprocas y trasformaciones sin número: cosas todas incompatibles con la existencia de un *aliquid* impenetrable. La elasticidad, que mejor que ninguna otra propiedad de la materia podía conducir por la idea de resorte ó de resistencia á la de impenetrabilidad, varía á merced de mil circunstancias, y depende por completo de la atraccion molecular; y ¿qué más inconciliable con la impenetrabilidad que esa atraccion? Existe por fin una ciencia que se podria definir en rigor diciendo, que

es la *ciencia de la penetrabilidad de la materia*: es la química. ¿En qué difiere efectivamente de una compenetracion lo que se llama una composicion química? (4) Por último, no se conoce de la materia sino sus formas; de su sustancia, nada. ¿Cómo se ha de poder, pues, afirmar la realidad de un sér invisible, impalpable, incoercible, siempre tornadizo, fugitivo siempre, impenetrable sólo para con el pensamiento, para el cual no son visibles sino sus disfraces? ¡Materialistas! os permito que justifiqueis la realidad de vuestras sensaciones: en cuanto á lo que las ocasiona, cuanto digais implica esta reciprocidad: algo (que vosotros llamais materia) es la causa ocasional de las sensaciones que van á otro algo (que yo llamo espíritu).

2.º Mas ¿de dónde procede entónces esa suposicion de impenetrabilidad de la materia que ninguna observacion externa justifica, ni es verdadera? ¿cuál es su significacion, su sentido?

Aquí es visible el triunfo del dualismo. La materia ha sido declarada impenetrable, no, como se figuran los materialistas y el vulgo, por el testimonio de los sentidos, sino por la conciencia. Es el *yo*, naturaleza incomprendible, el que sintiéndose libre, distinto y permanente, y encontrando fuera de sí mismo otra naturaleza igualmente incomprendible, pero distinta tambien y permanente, á pesar de sus metamorfosis, declara en virtud de las sensaciones y de las ideas que esa esencia le sugiere, que el no *yo* es extenso é impenetrable. La impenetrabilidad es una palabra figurada, una imágen bajo la cual el pensamiento, escision de lo absoluto, se representa la realidad material, que es otra escision de lo absoluto; mas esa impenetrabilidad, sin la cual la materia se desvanece, no es en último análisis sino un juicio espontáneo del sentido íntimo, un *à priori*

metafísico, una hipótesis no verificada del espíritu.

Así, sea que la filosofía, despues de haber destruido el dogmatismo teológico, espiritualice la materia ó materialice el pensamiento, idealice el sér ó realice la idea; sea que identificando la *sustancia* y la *causa*, sustituya en todas partes la FUERZA, frases todas que nada explican ni significan, nos vuelve á conducir siempre al eterno dualismo, y requiriéndonos á que creamos en nosotros mismos, nos obliga á creer en Dios, si ya no es en los espíritus. Es verdad que con haber hecho entrar el espíritu en la naturaleza, á diferencia de los antiguos, que le separaban de ella, la filosofía ha venido como por la mano á esa conclusion famosa, que casi resume todo el fruto de sus investigaciones: En el hombre, el espíritu *se sabe*; mientras que en los demás séres nos parece que *no se sabe*.— «Lo que vela en el hombre, dormita en el animal y duerme en la piedra,» ha dicho un filósofo.

La filosofía en su postrera hora no sabe más de lo que sabía al nacer: como si no hubiese venido al mundo más que para hacer buena la palabra de Sócrates, nos dice, envolviéndose solemnemente en su sudario: Sé que no sé nada. ¿Qué digo? La filosofía sabe hoy que todos sus juicios descansan en dos hipótesis igualmente falsas, igualmente imposibles, y, sin embargo, igualmente necesarias: la materia y el espíritu. De suerte que, al paso que en otro tiempo la intolerancia religiosa y las discordias filosóficas, deramando por todas partes las tinieblas, permitian la duda y hasta cierta voluptuosa indolencia, el triunfo de la negación en todo no permite ya ni esa duda: el pensamiento, libre de toda traba, pero vencido por sus propios progresos, se vé obligado á afirmar lo que le parece evidentemente contradictorio y absurdo. Los salvajes dicen que el mundo es un gran fetiche guardado por un gran mónstruo. En treinta

siglos los poetas, los legisladores y los sabios de la civilizacion no han escrito nada más sublime que esta profesion de fé. Y hénos aquí con que al fin de esa larga conspiracion contra Dios, que se ha dado á sí misma el nombre de filosofía, la razon emancipada dice como la razon salvaje: El Universo es un no yo objetivado por un yo.

La humanidad supone, pues, fatalmente la existencia de Dios; y si durante el largo período que se está cerrando ha creído en la realidad de su hipótesis; si ha adorado el inconcebible objeto que la motiva; si despues de haberse conocido en este acto de fé persiste á sabiendas, pero no libremente, en su opinion de un Sér Supremo, que sabe bien no ser más que una personificacion de su propio pensamiento; si está en vísperas de volver á empezar sus invocaciones mágicas, preciso es creer que su portentosa alucinacion contiene algun misterio que merece ser objeto de profundo estudio.

Alucinacion y misterio, digo, sin que pretenda negar por esto el contenido sobrehumano de la idea de Dios, ni admita tampoco la necesidad de un nuevo simbolismo, quiero decir, de una nueva religion. Porque si es indudable que la humanidad, afirmando á Dios, ó lo que se quiera, bajo el nombre de yo ó de espíritu, no se afirma sino á sí misma, no se puede por otra parte negar que se afirma entónces como distinta de lo que se conoce: resulta esto de todas las mitologías como de todas las teodiceas. Y puesto que por otro lado esta afirmacion es irresistible, procede, á no dudarlo, de relaciones secretas que conviene, si es posible, determinar científicamente.

En otros términos, el ateísmo, por otro nombre humanismo, verdadero en toda su parte crítica y negativa, si se detuviese en el hombre tal cual es en la

naturaleza, si descartase como juicio abusivo esa afirmacion primera de la humanidad, de que es hija, emanacion, imágen, reflejo ó verbo de Dios, si renegase así de su pasado, no sería sino una contradiccion más, una de tantas contradicciones. Forzoso nos es, por lo tanto, emprender la crítica del humanismo, es decir, verificar si la humanidad, considerada en su conjunto y en todos los períodos de su desarrollo, satisface á la idea divina, hecha deducion hasta de los atributos hiperbólicos y fantásticos de Dios; si satisface á la plenitud del sér, si se satisface á sí misma. Forzoso nos es, en una palabra, examinar si la humanidad *tiende* á Dios, segun el dogma antiguo, ó si *pasa á ser* Dios, como dicen los modernos. Quizá encontremos al fin que los dos sistemas, á pesar de su aparente oposicion, son verdaderos á la vez, y en el fondo idénticos: quedaria en este caso altamente confirmada la infalibilidad de la razon humana, así en sus manifestaciones colectivas como en sus especulaciones. — En una palabra, hasta que hayamos verificado en el hombre la hipótesis de Dios, la negacion atea no tiene nada de definitiva.

Lo que por lo tanto falta hacer es una demostracion científica, es decir, empírica de la idea de Dios, demostracion que no se ha ensayado nunca. Dogmatizando la teología sobre la autoridad de sus mitos y especulando la filosofía, ayudada de sus categorías, ha quedado Dios en el estado de concepcion *trascendental*, es decir, inaccesible á la razon, y subsiste siempre la hipótesis.

Subsiste, digo, esta hipótesis más viva, más im- placable que en ningun otro tiempo. Hemos llegado á una de esas épocas fatídicas, en que la sociedad, desdeñosa de lo pasado y atormentada por lo futuro, tan pronto abraza con frenesí lo presente, dejando á algunos pensadores solitarios el cuidado de preparar

la nueva fé, como llama á Dios desde el abismo de sus placeres, y pide una señal de salvacion, ó busca en el espectáculo de sus revoluciones, como en las entrañas de una víctima, el secreto de sus destinos.

¿A qué insistir más? La hipótesis de Dios es legítima, porque se impone á todo hombre á pesar suyo: no puede ser, pues, censurada por nadie. El que cree, no puede ménos de permitirme la suposicion de que Dios existe; el que niega, no puede tampoco ménos de permitírmelo, puesto que él mismo lo ha hecho ántes que yo, no siendo posible negacion alguna sin una afirmacion prévia; el que dude, basta que reflexione un instante para comprender que su duda supone necesariamente un yo no sé qué, que tarde ó temprano acabará por llamar Dios.

Mas si poseo, por la misma naturaleza de mi pensamiento, el derecho de *suponer* á Dios, debo conquistar el derecho de *afirmarlo*. En otros términos, si mi hipótesis se impone de una manera invencible, es todo lo que puedo pretender por el momento. Porque afirmar, es determinar; y toda determinacion, para ser verdadera, debe ser empírica. Quien dice, en efecto, determinacion, dice relacion, condicionalidad, experiencia. Puesto, pues, que la determinacion de la idea de Dios debe salir entre nosotros de una demostracion empírica, debemos abstenernos de todo lo que en la investigacion de esa alta incógnita pueda ir más allá de la hipótesis, sin suministrárnoslo la experiencia, pues de lo contrario volveríamos á caer en las contradicciones de la teología, y por consecuencia á suscitar de nuevo las protestas del ateismo.